Núm. 11 Buenos Aires, Noviembre 5 de 1917 Oficinas: Terrero 471

Precio: 10 ctvs. Trimestre: $ 0.60

Int. Instituut Soc. Geschiedenis Amsterdam

LA OBRA

PERIÓDICO DE IDEAS

T. Antilli y R. González Pacheco

Valores y giros a nombre del administrador:

R. H. DIAZ, Terrero 471.

La obra recta

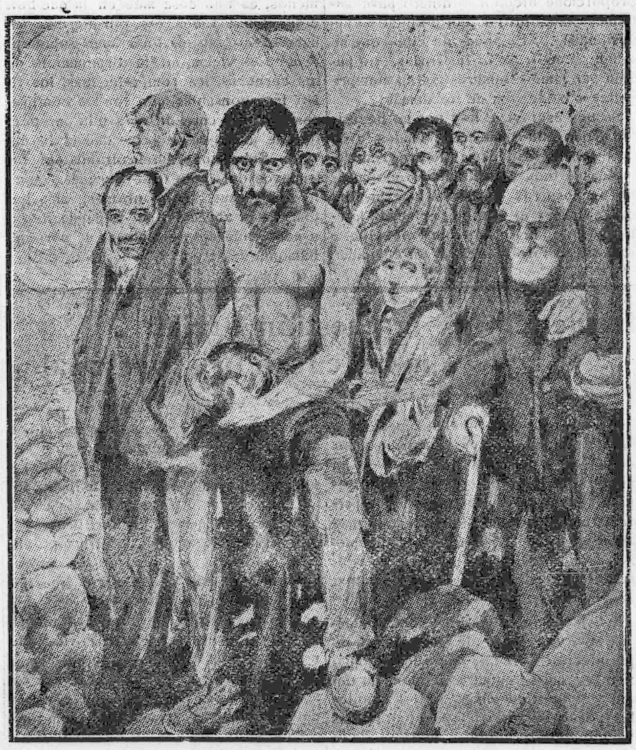
¡Labrar, labrar! Con potencia en los músculos, en el cortafierro, hacer la obra recta: el recto caer de ella, como una piedra en el agua, con golpe, con sonido; el recto recortarse, en pan, en bloque, en disco macizo y fuerte; el enhilar recto, y el alcanzar glorioso y soberano, como la mano al fruto al otro lado de la cerca, hendiendo no rodeándolo al obstáculo, violentando no pidiendo permiso al dueño: he ahí lo que no se vé todos los días; lo que es motivo de odio para la mayoría que no puede ver sin estremecerse esta obra recta, en una sociedad que se precia de haber oblicuado todo camino recto, todo recto llegar, el pagarse a sí mismo por su mano;– en una sociedad que se precia de suprimir el filo y más aún los golpes de los aceros cortos, de los actos breves y las breves enseñanzas, que rompen rotundamente la trama de ella, encogiendo los hilos en la tela tirante como nervios cortados—: he ahí, sin embargo, lo único que llena, porque es efectivo. Ese hombre toma una maza para hacer rectamente un tirante o una columna de hierro; ese otro para partir en cuadrados la piedra y hacer losas o adoquines; todo se quiere recto, que no se pierda en golpes o machacamientos sin objeto, negando el santo valor del trabajo: todo lo que ha de servir o ha de ser utilizado por los hombres, para sí mismos, y para dejar después el tirante en el techo, la losa en el piso, la columna en el pilar; casa para los hombres mañana también, por una década, un siglo, por un solo día o por mucho tiempo....

Las grandes obras en que aún van a buscar desates para su inspiración, cumbre o viento para su genio, vislumbres para su conciencia los hombres, son obras rectas. ¡Tan rectas, que golpean en cachetada que voltea, los levantes de cercos para oblicuar caminos, para hacer del deseo de comer, por ejemplo, lamedura por el borde del plato, de todo andar que debía de ser adelante, trotar o rodear puntos o lazadas de la tramazón social de un día, de un momento!

¿Qué son los grandes ejemplos, las grandes enseñanzas, sino cosas muy rectas, pura uva como se dice, puro damasco o pura naranja?

Y es así que nosotros amamos la obra recta, trabajar en la obra recta... El camino es bueno; el valor de los brazos o de las piernas es independiente del camino. ¡Sigamos a éste! Que la obra sea siempre recta. Y cuando se dé con un palo en el tronco de un árbol cargado de castañas: ¡qué vengan estas sobre la cabeza! Aquel que quiera salir sin el sombrero abollado, hará bien en rodear la cerca, pedir permiso o comprar la fruta a su dueño. ¡Nosotros, no! Apretarse en la nuca el sombrero abollado, y adelante por la obra recta!....

El Desfiladero



El calor fecundó la nieve de las cumbres y el arroyo se hizo río y después torrente que amenazaba dejar el cauce, anegar el llano, arrasarlo todo.

Y contra la fuerza naciente Ellos opusieron sus diques más fuertes, y el torrente pasó y sus aguas fueron a perderse en el mar.

Fuè un dolor que se perdió en el infinito.

Pero el camino está ahí. Y por él siguen pasando las gotitas de agua, el arroyuelo antiguo que algún día habrá de ser irresistible.

Cuando el sol abrase todas las cumbres.

Dib. y texto de Ramos

CARTELES

Dando plata

Sí; sabemos. La guerra es solo negocio. Es, nada más, que la expansión bajo el cielo, a plena luz, de ese instinto atrapador de los amos que, el tiempo, la evolución, la resistencia del pueblo, habían logrado emparedar en las fábricas, reducir a los cuarteles, meter, como una fiera en su cueva, en las páginas del código. Es el tráfico burgués que ha roto todos los frenos y se disputa, a zarpa limpia y colmillazo alevoso, mercados, tierras y siervos...

Claro, también, que la guerra nunca la hicieron los amos, materialmente. La hacen hacer. Tienen para eso sicarios en todo el mundo. Pues no en vano el mundo, todo, está plasmado a su ley, metido dentro su lógica, preso en los engranajes de su sistema. Señores del universo, sus pasos resuenan de plano a plano, marciales.

Sabemos, sí, que donde no llegan con sus mandatos de muerte, seca y rotunda, alcanzan con sus influencias; arman bandos, ierguen odios, ponen en pugna intereses. En la nación argentina, por ejemplo: país neutral en plena guerra burguesa. Miren si no los aliados: tiran con la *lista negra* y literatura parda y sicaria. Miren si no los germanos: se defienden con dinero, dando plata a los *neutrales*, propiciándoles campañas de *pacifismo*.

Ah! la guerra es solo negocio, ya sabemos. Más, si es horrible el que mata, viola y destruye, al solo fin de imponer su ley de fuerza a los débiles, más horrible es todavía el que corrompe, relaja, compra conciencias. Es asqueroso.

Y bien: de estos asquerosos amaga llenarse nuestro campo ahora. Andan tropas de canallas dando plata, prestando ayuda a periódicos, viendo hasta de sacar diarios. Ya hay por ahí un *Centro Racionalista* sostenido por sabandija germana; pronto también se inmiscuirán en la propaganda agraria...

Compañeros, compañeros: el remedio está en la mano; en la mano armada con un garrote listo a romperse en la cara del primero que venga a ofrecernos algo. No precisamos nada de nadie; menos de estos asquerosos. ¡Que vayan a darle plata a la madre que los parió tan infames!

*

Iguales a ellos

Continuamos ignorando de dónde diablos sacaron los socialistas, que habían derogado la ley social. Como no sea de su gran desfachatez. Hemos buscado en los hechos, en los casos, la ausencia de ella, y en todos está lo mismo, flagrante siempre, amagando desatar de esta tierra «abierta y libre», a todo aquel que no se someta esclavo.

Sin embargo, lo dijeron en su diario. Lo vocearon sus secuaces; se lo hicieron creer al pueblo. La ley social había sido derogada gracias a ellos.

De dónde, de dónde sacaron ésto?... La última huelga, que ha vendido el consejo de la Federación Ferroviaria, ha sembrado de víctimas de esa ley el país. La aplican en todas partes los jueces, con una liberalidad digna de Rusia o de España. Sentencian años de cárcel y destierros a granel. Y no mandan fusilar porque eso, seguramente, se les antoja muy leve....

Quien tenga estómago fuerte para tragarse las noticias de los diarios, lo habrá leído: la ley social está en auge en Rosario, Tucumán, Mendoza, Córdoba, Salta y Buenos Aires. Se cierne dueña del mapa, lista a desatar del suelo de la Argentina—¿tan libre, no?— lo menos un centenar de compañeros huelguistas. En ellos se cebará la venganza de las empresas «aliadas» y los jueces radicales.

Entonces, de dónde diablos sacaron que ellos la habían derogado?.... ¡Qué tipos, señor, qué tipos! Siempre los mismos! Iguales a ellos, no más.

Las bombas

Tenían un encanto fuerte para nosotros, de abismo y sol. Más que de materias secas, estalladoras, estaban llenas de ideal. Su estallido nos parecía el de un cráneo cargado de pensamiento.

Decíamos: el pueblo carga las bombas. Mete en un casco de fierro sus propias penas; las presiona a puñetazos; llora, desespera, escupe sangre sobre ellas antes de decidirse a arrojarlas. Por eso explotan así, desparramando exterminio, silbadoras y dolientes Son penas; penas del Pueblo.

Y el dinamitero, entonces, era como un hermano mayor. O más: como un padre nuestro cargando sólo con la responsabilidad terrible de matar para salvarnos. Gracias a él, y cada tanto, podíamos erguir la frente, verle la cara asustada a la burguesía, ser, un minuto siquiera, respetados y temidos. Fuertes.

Sí, sí. Tenían un supremo encanto de abismo y sol. Eran nuestras. Su estallido nos parecía el de un cráneo cargado con nuestras penas. Penas de Pueblo!

En cambio, ahora... Ahora hablamos de las bombas avergonzados. Ya no las carga un ideal, sino un instinto. Ya no estallan dolorosas al paso de los tiranos, sino a los pies de los niños; no son justicieras ya; son criminales, bandidas. Cualquier bruto uniformado las vuelca desde su máquina sobre una ciudad que duerme, un campo de labradores o una aldea que se divierte. Al azar; donde caen, caen....

Estamos avergonzados. Ayer—¿ayer?—todos los días los diarios traen noticias de las ruinas que producen las dinamitas burguesas. La siembran sus aparatos—aviones y zeppelines—desde la altura. Y llueven sobre las gentes inermes una muerte irresponsable y cobarde, igual a la de los cosacos sobre las plazas. Al montón: el que cae, cae...

Oh! nuestras bombas!..... Estamos avergonzados. Estamos avergonzados....

Las necesidades

Muchas necesidades: ¿es un progreso? Sabemos de todos los negreros, que en uno u otro punto de la tierra han ido a buscar a los pueblos que vivían una vida natural, simple, casi sin necesidades, a no ser las bestiales que ya les era bastante difícil satisfacer, llevándoles alcohol y en fin muchas otras cosas para esclavizarlos, obligarlos a trabajar o a venderse como reses a ellos. Esto ocurría después de haber creado el vicio de la embriaguez en ellos, en forma tal que para tan tristes hombres o poblaciones era una verdadera necesidad satisfacerlo, aún a costa de los peores o más grandes sacrificios.

Pero èsta no es sino la página en grande, de muchas otras que en pequeño vemos ante nuestros ojos todos los días. Por necesidades ridículas o estúpidas, que son una verdadera vanidad, por la necesidad de rodear su cuello con un pañuelo de seda o de poseer un dije vistoso o una baratija cualquiera, la paisanita del campo, como en otra esfera y por otros dijes o baratijas la mujer de la ciudad, se someten o entregan su cuerpo a un traficante o mercachifle sin conciencia, esclavas de su pasión. Por la necesidad de gastar un gran tren, una gran casa, de figurar, de dar reuniones, los hombres se hacen canallas o sinvergüenzas, capaces de cualquier traición o felonía; son débiles, cobardes, no se puede contar con ellos para la verdad ni para la justicia; se allanan a las más denigrantes explotaciones, hasta a adular o engañar, ejercer los más bajos oficios. Por la necesidad de vivir, de comer, de cubrir su cuerpo con ropas, de alimentar una familia y habitar bajo un techo, los proletarios deben someterse a dejarse explotar o esquilmar por un patrón toda la vida. Sabido es que quienes, entre estos, son esclavos de un vicio, de una pasión, son borrachos o disolutos, están completamente a merced de quien les proporcione alcohol o dinero para satisfacer tan inútiles, tan perniciosas necesidades.... Esclavos de ellas, que no saben sacudirlas ni resistirlas, no podrán ser jamás hombres: serán siempre esclavos o lacayos de los demás...

Se nos esclaviza hoy por la necesidad. Todo género de necesidades, o vicios, o frondosidades ridículas o cursis, son despertadas, excitadas o estimuladas en nosotros. Para satisfacerlas, hay que entregar el cuerpo, entregar la libertad, doblar la voluntad rebelde o someter la inteligencia a un apagador, que torna la llama ensombrerada dentro de él en una luz de entierro o de velorio. No es libertadora la necesidad, como es la de aprender o conocer, tener un amigo o conquistarse un afecto o un amor por el más amplio, el más grande desplegamiento de las alas; porque al ir a satisfacerla, ahí está la esclavitud, ahí está el burgués que nos exige esto o lo otro: una renuncia, una servidumbre o una villanía....

De manera que, en el actual momento social, se es más libre, se puede defender y amar a la justicia mejor, se puede ser sostenedor de la verdad contra la mentira, cuantas menos necesidades, y sobre todo necesidades torpes o ridículas se tengan. Cada necesidad menos, es una cosa más en la que boicoteamos a todos los burgueses. Ya hace efecto, si nos libertamos solamente de los vicios, en la disminución de los carneros, los rompe-huelgas, los tipos irresponsables, que son los comprados con una copa de vino o la perspectiva de una vida de ociosidad y disolución. Sobre todo estos últimos son los esclavos del amo o el burgués, como lo son de sus vicios infames, más bajos y más abyectos; no se puede llegar a nada más despreciable en la persona humana.

Influencia de la cuestión social en las cuestiones personales

No hay más que una sola cuestión social y humana, y es la misma para todos los hombres y las mujeres, en cualquier situación que estén, y cualquiera sean sus luchas, sus asuntos particulares de vida o muerte, en el presente momento del Estado y la propiedad, con todo lo que se origina o es debido a ellos; que es todo, absolutamente todo en la sociedad.

Individualmente, personalmente, quiérase que no, las cuestiones sociales que afectan a todos, como la apropiación por unos cuantos de toda la tierra, y la apropiación por otros cuantos del poder de dictar leyes y hacerlas cumplir por la razón o la fuerza, nos afectan también. Ellas adoptan la faz de nuestras cuestiones personales, que parecerían más nuestras, de cada uno, contra la tiranía económica que le cerca o la tiranía estatal que no le pierde de vista; y aunque a todas estas cuestiones buscamos una solución también personal, pobrísima casi siempre, de una provisionalidad que no pone a cubierto del día de mañana,- el día de mañana, a cada rato habrá que volver a empezar—, lo cierto es que son simples aspectos de una cuestión de fondo, permanente, que a mí me hiere de una manera y al otro de otra, y todos juntos no alcanzamos, con todas las soluciones personales que pensemos o imaginemos, a cubrir ni a desquitar sus efectos.

Imposible salirse de ésto: toda cuestión humana, que se nos plantee a nosotros como una cuestión personal contra el burgués que nos explota o quiere humillarnos excesivamente, contra el casero que nos desaloja o el juez que ordena arrojar los muebles a la calle, contra el vigilante que quiere conducirnos preso o el gobierno que quiere llevarnos a la guerra o al cuartel, contra el que nos veda el paso por una calle, un terreno cercado o un río, o nos veda poner la mano sobre una cosa que necesitamos y tras la cual van nuestros deseos o nuestras miradas; todo ésto ocurre o se nos plantea como una cuestión personal, mortificante o dolorosa para nosotros, de truncamiento o limitación, sin justicia o reconocimiento posible de nuestra libertad humana sobre las cosas del universo en que hemos nacido, de nuestra libertad moral para concebir y vivir la vida que nos agrada o deseamos, porque todo esto está dentro de una organización social inícua para la humanidad, de la cual formamos parte nosotros como individuos.

¡Es la sola y la misma cuestión humana y social, siempre! Son guiones, ramas o ramillas; aquí un centavo que falta a este obrero para cubrir sus necesidades, allí una hora más que se le hace trabajar, una imposición más que se sufre o se rechaza, un vigilante que viene a privar de su libertad a un individuo libre, un ladrón que se lleva a la cárcel o un joven que se conduce a ser soldado en el cuartel: guiones, ramas o ramillas de las mil y una cuestiones humanas, personales, que se plantean por la cuestión social, ¿lo diremos? por la cuestión de la propiedad en suma. De ellas, de estas cuestiones personales, que parecen tan nuestras y que han de tener toda su solución con una solución también personal, a lo más de una familia, un gremio o un grupo, se forma la frondosidad extraordinaria de las cuestiones humanas, realmente humanas, atañentes a nuestra libertad, nuestra dignidad o nuestro derecho de hombres, que plantea la iniquidad social.

De manera que muy lejos de aplicarse exclusiva y empeñadamente a buscar la solución personal, o de la familia, el gremio, el grupo, a la cuestión personal o familiar o del gremio o del grupo frente al fondo permanente de la iniquidad social que dá origen o motiva esas cuestiones; hay que resolverlas, sí, pues eso a cada individuo, familia, gremio o grupo es preciso, pero sin dejar de pensar, y encaminarse a ella todo lo posible, en la solución de fondo, permanente, de la cuestión social.

Esto es lo que se llama introducir ideas en todas, absolutamente en todas las cuestiones personales, pero originadas por la sociedad, a las que hace mucho tiempo, miles de años, se está sosteniendo o prolongando hasta con las más atrevidas o más fantásticas soluciones personales. Con ideas, los hombres se encaminarían muy diferentemente; ya habrían dado al traste tal vez con muchas cuestiones humanas, personales para ellos ¡vaya que sí!, y por eso hondas y palpitantes, que todavía hoy les plantea el estado social: la existencia tan sagrada de la propiedad, y el poder o la potencia del Estado.

En la madeja

Un gatito y una madeja de hilo jugaron una vez a producir tal enriedo que, dentro de él quedara aprisionado todo aquél que se propusiera meter la pata, el hocico o la cabeza para desenredar la madeja.

La intención era en el gatito, que era muy leído y ladino, atraer allí, con grandes maullidos desde dentro de la madeja, a otro gatito cándido e ignorante, que, indiferente a este juego, con pasos afelpados, iba en busca de sus amores o su comida.

La araña que extiende su tejido, es centro de la tela; todo aquél que chapalea, como los niños jugando, y levanta barro o espuma, es centro o eje de este barro o espuma, que si le cae alguna vez en la cara, puede abandonar, retirarse y secarse.

Esto se imaginaba también el gatito; ser centro de la enredada madeja, poseer la llave para, a la vez que hacía imposible la libertad del otro si cometía la temeridad de acercarse, salirse él, y gritarle desde fuera: «¿Qué tal?; esto lo he enredado yo.... ¿Tengo o no tengo talento para hacer una cárcel de una madejita?»

Pero tal aconteció que el gatito leído y ladino, que poseyendo ya una madeja se creyó que era cuestión de enredar y enredar, quedándose él adentro para gritar: «vengan a ver ésto; síganme aquí por la madeja», enredó y enredó tanto, que no pudo salirse después, y quedó él mismo prisionero en el abultado y enmarañado ovillo.

Puede ser moraleja; pero bastante menos que eso, es lo que le ha pasado a don Leopoldo Lugones con su desmadeje y aún su desfloque, su desenvolver ovillos, o carreteles u ovillitos más chicos, al alcance de la mentalidad del gobierno, en el indesenredable asunto del guerrón europeo, y la intervención o la neutralidad «germana» de la Argentina.

¡Ha producido una montaña de hilo! ¡Ha producido el mayor enriedo que se conozca de un madejón de fimbria de cáñamo! Desde dentro de este enorme ovillo, él atisba el efecto con sus ojos calzados con anteojos; y no viendo el efecto, ¡pues se esponja y enrieda más!...

La pega don Leopoldo, con una maza enorme como para hundir clavos hasta la cabeza, a que el gobierno no debe consultar al pueblo, pues para eso está el gobierno, para hacer él sin consultar al pueblo. Pero si cree que esto es así, que ese es el «macanudo» gobierno: ¿a qué se ofrece él en consultor de nadie, y no obra el gobierno «macanudamente» no llevándole el apunte tampoco a él, como individuo del pueblo no revestido de mandato o poder en el gobierno? ¡Qué talento poderoso, éste! Enagena de un golpe al gobierno, a todo el pueblo, y después quiere hablar por el pueblo... ¿No está enagenado don Leopoldo? ¿Qué es eso de rescatar lo que se dió, para decir que bien poseído está por aquel a quien se dió? ¿Qué filosofía o qué galimatías es este? Nos quedamos porque el que se enagenó o enagenó a todo su pueblo, no tiene más derecho que al pataleo... ¿Y qué vale el pataleo de don Leopoldo, el nuestro, el de todo el pueblo, ante el derecho indudable del gobierno, reconocido y afirmado por don Leopoldo, contra protestas, opiniones o pataleos?

Sindicalismo burguès

Hay que cuidarse de los que cuelgan su cesto de la verde y florida rama; de los gusanos que se introducen en la manzana, con el pretexto de darle más bellos colores al exterior; de los parásitos, en fin, que quieren que el fruto los sustente: de los que, con su boca de insecto, dejan overa de manchones la piel que han devorado, y que queda de un granulado pegajoso, que rezuma goma, repugnante tanto al paladar como a la vista, en el frutero o en la mesa....

La agitación de los proletarios, que ha nacido como una rebelión contra la propiedad y el Estado, cuyo juego normal era hacerlos aplastar para abandonar su jugo a los burgueses, al influjo de nuevas ideas de un orden social dón de las cosas estuvieran cambiadas o diferentes,— ha sido el fruto, de hondos malestares que han traído tras de sí hondos pensamientos y la necesidad inevitable de la acción, al cual se han introducido también parásitos, para vivir ellos royéndole las semillas y el corazón, como el gusano en la manzana; la verde rama de una idea que afirmaba un sacudimiento y una esperanza de romper y emanciparse, a la cual han colgado su cesto, como una hamaca, algunos parásitos o bichos vivientes sin colocación en otros árboles o ramas, y que han subido hasta ella, arrastrándose por el tronco, y con su hamaca o su cesto en los dientes....

¿Comprendéis, proletarios?:— Vuestra agitación contra el orden actual, con el cual no podéis más; vuestra revolución contra el Estado y la propiedad, de la cual son las chispas arrancadas por el frotamiento del acero en la piedra, huelgas, lock-outs, asesinatos, prisiones, deportaciones, también tiene o ha encontrado sus parásitos.... Estos, con el pretexto de hacer más redondos o más durables algunos frutos que pueden nacer para vosotros al paso, estando bien con los patrones o bien con el gobierno, han aplicado sus bocas secadoras, su saliva que quema como orín, a matar semillas y corazón del verdadero fruto, que no quieren ya que crezca o se desarrolle para vosotros, del fruto para el que nació vuestra agitación, o sea la Revolución Social. De manera que no hay ya más en vuestra agitaciones, huelgas, movimientos, que os consumen siempre esfuerzo y sacrificio; nada más que sindicalismo que sindicalismo burgués....

¿Esta era la agitación revolucionaria de la clase trabajadora? Acatáis el gobierno y acatáis a la propiedad, vuestra esclavitud. Nada; rompimiento ninguno contra ellos. Proscripción de las ideas, de la ideología. Aseguración al gobierno, a los propietarios o explotadores, que los obreros no quieren su destrucción, sino por el contrario que ellos crezcan o prosperen siempre, buscando entre los tres, como las tres líneas del triángulo, el beneficio o la salud de los países. Las bases de la antigua agitación están rotas, y en su lugar todas las bases son las simplemente burguesas del sindicalismo que también concibe el burgués, hasta con el reconocimiento de lo peor, o sea la justicia del Estado; la buena justicia de los tribunales o los jueces burgueses; la buena actuación de la policía o el ejército del gobierno, que no han dejado ¡ay! de perseguir o diezmar a los trabajadores....

¡Y sin embargo la huelga es un recurso violento, esencialmente revolucionario y desgajado de la legalidad, en cuanto no reconoce ya la buena voluntad de los propietarios y rechaza de plano todo el funcionarismo del Estado, no confiando ya a su justicia parcial la solución de ningún pleito, que los trabajadores saben serán fallados infaliblemente en su contra! ¡Ah, si cuando termina una huelga con una derrota, entra el Estado a vibrar su justicia sobre los obreros que han quedado presos!... Podéis estar seguros que las cosas que serán allí afirmadas serán confirmación de la injusticia social que pesa o gravita sobre los proletarios; serán odio, infamia, venganza...

Pero no y no! Si los parásitos, como los burgueses, afirmadores de un sindicalismo burgués, sin idea de resistencia a la tremenda injusticia social que empieza por ser sostenida por el gobierno y los odiosos tribunales del Estado, dicen al gobierno o dicen a los propietarios que los obreros no quieren su destrucción, que no se revuelven contra el orden social, las huelgas significan otra cosa. ¡Son la acción contra su acción! ¡Son la Revolución! De manera que los que van a asegurar por ahí, o lo creen ellos, que la agitación proletaria es y nada más que el producto del sindicalismo burgués, se mienten a sí mismos, mienten al gobierno y mienten a los propietarios.

Con esta mentira, que quisieran hacer verdad en su beneficio todos los parásitos que cuelgan de ella su hamaca o su cesta, no se convence a los obreros, no se convence al gobierno y no se convence a los propietarios, cuando tienen a su frente el fenómeno revolucionario de una huelga.

LOS DIBUJOS DE RAMOS
Album de «La Obra»
Se editarán próximamente
A 0'50 el ejemplar
Háganse pedidos para regular el tiraje

La tiranía de los esclavos sobre los libres

El proletariado es mucho más numeroso que todos los obreros de blusa, que todos los que deben aceptar la esclavitud de un salario, de un trabajo, de un régimen y de un horario impuesto en los campos, en la fábrica o en el taller.

Al lado de éste, llamado privilegiado en el suelto que transcribimos más abajo, porque sus condiciones parecen todavía envidiables al articulista, que toma ciertamente una parte favorecida como norma y medida de todo el proletariado; existe otro proletariado, más triste y más lamentable en sus partes menos favorecidas, compuesto por la falange de los desposeídos, que aspirando a libertarse de la esclavitud del salario y del régimen, horario y trabajo de empresas, compañías, fábricas o talleres, se dedican a ganar su vida con las profesiones liberales, adquiriendo títulos del Estado que les garanticen el monopolio — como médicos, ingenieros, abogados, — o bien no adquiriendo nada, como artistas, novelistas, etc., etc.

Tal proletariado intelectual, «libre de morirse de hambre», como es la libertad que deja esta sociedad, no entiende rescatar el derecho a la vida le los proletarios, hecho tan problemático o tan difícil para ellos mismos, por la apropiación de todas las cosas por los propietarios; si no entienden munirse dificultosamente de un título de monopolio para ejercer una profesión liberal, con el fin de ser a su vez burgueses, y, definitivamente, dejar de ser proletarios. Y así, a igualdad de situación, su condición es más triste que la de todos los obreros, pues deben presentarse y ser como los burgueses.

Con respecto a los obreros, son peores que los burgueses mismos, por aquello de que el papista tiene que serlo más que el papa; y de que están aún estremecidos y vibrantes por haber escapado a la esclavitud del salario, y al rigoreo de horarios, reglamentos y patrones, con el amén de abrírseles la vida burguesa como una grata esperanza.

Con su título ya adquirido o conquitado, quieren escalar las alturas en seguida, mejor pronto que después. Sin embargo, al tocar la realidad de los desposeídos frente a los poseedores, o sea que con título y todo, mientras no posean, su libertad es la de morirse de hambre, se irritan, se desesperan, envidian la esclavitud del obrero de la fábrica, del maquinista del ferrocarril, hasta del foguista o limpia-máquinas... Esto constata cómo es de desgraciada la libertad del desposeído en el régimen burgués, cuando puede ser aún menos favorecido que un mediano obrero.

¡Y quien los tiraniza no es la propiedad, sino los obreros con sus huelgas! ¿No es la mayor desgracia en estos desposeídos, aduladores sempiternos de los poseedores, achacar a un mero incidente, y a otros despojados como ellos, la causa de que con su profesión se mueran de hambre? Las pobrecitas empresas, para darles regalías a sus obreros, que no las obtienen por la justicia sino las imponen por la fuerza, deben aumentar las tarifas; el hombre libre paga, y así únicamente son sus vidrios los rotos... ¡Pobrecito hombre libre, si es un desposeído! ¿Se ha preguntado nunca si hay una justicia en ser desposeído? ¡Y no es un desposeído del todo el que mal o bien posee un título y puede ejercer una profesión liberal!

No queríamos pasar sin que los compañeros lean y comenten por sí mismos el suelto de referencia. Helo aquí:

La clase privilegiada

Ha publicado La Fraternidad un documento en el cual se puntualizan las mejoras obtenidas por los ferroviarios en la presente huelga. Leyéndolo sentimos ardientes deseos de tirar esta pluma tan inútil y emplearnos como foguistas, limpiadores, maquinistas, cualquier cosa, con tal de no pertenecer a estas profesiones que llaman liberales, sin duda porque dan plena libertad para morirse de hambre, sin amparo, ni solidaridad, sin nada... El médico, el ingeniero, el abogado, el novelista, el industrial, no tienen la suerte de los obreros. Para ellos no hay jornada de ocho horas, ni el cincuenta por ciento de aumento en el sueldo, en las tareas extraordinarias, ni descanso semanal, ni pensiones en la enfermedad, ni retiros para la vejez. Luchamos solos, independientemente, y aun tenemos que ocultar el dolor de nuestra clase media tras una máscara sonriente y disimular nuestra pobreza con inverosímiles combinaciones de sastrería. Sin embargo somos los burgueses. El proletariado, el pobre obrero, la honrada blusa del trabajo — vemos pasar el orgullo a través de sus desgarrones, — se impone en tanto, y nosotros, ya bien agobiados, contribuímos a pagar las mejoras de esa clase, la única privilegiada, la que ha venido a substituir al antiguo feudalismo y que, por nuestra debilidad, más que por su fuerza, nos tiraniza. Los obreros piden ascensos, los imponen; las empresas, inevitablemente, para poder satisfacerlos, aumentan las tarifas y la pobre clase media es la que paga, sin que ni remotamente le alcance beneficio alguno. Ocurre con estos movimientos obreros algo de lo que sucedió en el tiempo antiguo con las órdenes religiosas; eran pobres, muy pobres, hacían voto y gala de ello — pero entre el diezmo, la primicia, la donación, etc., ¡eran las dueñas de la tierra! Así los obreros van triunfando por nuestro sentimentalismo y porque las demás clases sociales no han sabido organizarse. Digamos, por otra parte, que lo celebramos; una sociedad dividida en gremios cerrados y hostiles sería repugnante.

Hemos prodigado nuestra generosidad cordial sin hallar respuesta. Como los ascetas, hemos rogado a Dios por los pobrecitos desgraciados o pecadores, sin cuidarnos de la propia infelicidad. Una ola piadosa invadió la literatura. Para ser algo había que ser obrero. Veíamos a las damas elegantes y pensábamos: para lucir esos trajes, ¡cuánto dolor! Veíamos los palacios lujosos y por contraste evocábamos el zaquizamí obrero. Y un día la huelga ponía nuevo pánico en

la debilidad colectiva y los congresos hacían leyes y los gobiernos dedicados a tutelar al obrero, encontraban aplauso, el aplauso de la clase media, que se estaba suicidando con esa conducta... Tras de muchas fatigas se llegaba a tener una carrera. Poseer un título es sencillamente adquirir derecho a trabajar. Pero ¿dónde? La peregrinación empieza cuando se sale de las aulas. Hay que perfeccionarse en todo momento. Ninguna hora es nuestra. Maestros que no cobran, sepultados en ásperos lugares; médicos rurales; ingenieros sin colocación; todo ese enorme proletariado inteligente, en el que se cuentan desde artistas hasta sacerdotes, y que antes de la guerra constituía en Europa la gran tristeza pública. Los obreros, y en estos tiempos de angustia económica, alcanzan lo que los demás no tenemos. No lo obtienen por la justicia ni la lógica. Triunfan por la fuerza y así es lección de egoísmo y de impiedad, lo que encierra el espectáculo actual. Felicitemos a los obreros. Los envidiamos. ¡Lástima que no podamos imitarlos!

Una carta inédita de Rafael Barrett

De la obra de Barrett no es necesario que hablemos: en este número, justamente, llenamos nuestra sección «Para reflexionar» con tres cosas de él. Algunas partes de su vida, son también muy conocidas. Sin embargo, todo lo que se ha dicho y se ha publicado no basta para saciar nuestro deseo de poseer una vida completa de Barrett. Quedan todas las lagunas que sería necesario llenar para comprender profundamente al hombre. Este, que poseía un hermoso talento, una vasta cultura, una cuidada educación universitaria, se hizo anarquista con los obreros más humildes y más modestos. Como el más sencillo neófito, les escuchaba, les pedía libros, recibía de ellos periódicos y folletos. Y esto, mientras su nombre era ya famoso en el Paraguay por sus artículos que se disputaban en la prensa, y las juventudes acudían a él como a un maestro.

De aquí, de los compañeros, de obreros que no sabían apenas escribir para el público, pero que manejaban ideas tan hermosas, tan grandes, sacó Barrett todo ese respirar de grandeza y de profundidad, el claro cristal de agua de su obra que hizo después y que ha quedado en sus libros. «Ahora sí — decía, — ya sé lo que tengo que hacer; aún puedo sacar un gran partido de mi vida enferma.» Los amó y los quiso mucho. Eran sus compañeros.

Y a un compañero de estos, dió las únicas explicaciones que están contenidas en la carta que más abajo publicamos y cuya copia nos ha facilitado éste, sobre su entrada en una iglesia que le reprocharon los diarios, y principalmente una revista anticlerical titulada «El Alba». Rechazó responder a toda persona que creía tener más derecho por su significación social burguesa, y dió todas las explicaciones a un compañero. En ellas campea una de las facetas del espíritu de Barrett, de su alta libertad interior, sin dejar de marchar por una línea seguida siempre.

—

He aquí la carta:

Estimado compañero: Hoy, al mismo tiempo que a Vd. escribo a Bertani, recomendándole su pedido. Creo habrá ya salido a luz la primera edición de «Moralidades actuales», pues así se titula la obra.

Con respecto a las publicaciones de que Vd. me habla en su carta, no he querido defenderme ni dar explicaciones a nadie, pues estando seguro de la bondad de mis actos en cuanto a las ideas que profeso, no me molestan los desahogos de gentes interesadas en hostilizarme. A Vd. se lo explicaré, por ser un modesto compañerito de acciones más nobles que las de algunos de mucho título. Sucedió así:

Un día, paseando con mi compañera, pasamos frente a la capilla de San Bernardino, y como tenía deseos de oir algunos aires de Beethoven, penetramos al templo y me senté a tocar el armonium. ¿Qué de extraño tenía que yo entrara a la iglesia a gozar de la música? Zola visitó al Papa. También he tocado el piano en los prostíbulos mientras mis compañeros menos castos que yo se entretenían allá adentro con las pupilas. Pero los de «El Diario» que no pudieron tolerar que un hambriento como yo, ¿verdad?, les rechazara sus pesos negándose a colaborar en el órgano convertido en oficial de la situación imperante, aprovecharon esa oportunidad para vengarse.

En cuanto a los de «El Alba», a los cuales considero clericales al revés, no quise obedecer a su citación. ¿Quiénes son ellos para llamarme a declarar?

Como Vd. bien dice, el buen concepto de la libertad será la base principal en que descansará la armonía de la sociedad del porvenir.

En cuanto a mi salud, el buen deseo de Vera le hace verme mejor, pero la realidad no es así. Contra la integridad de mis pulmones, el mal progresa en su obra destructora.

—

Estoy preparando un folleto sobre la Argentina, y como he tenido noticias de un atentado en el Colón de Buenos Aires, necesito los números de «La Prensa» y «La Nación» de esos días, donde se ha publicado la Ley Social recientemente sancionada y datos y consideraciones sobre aquel suceso. Le agradeceré me envíe los ejemplares inmediatamente.

Afectos para los compañeros.

R. BARRETT.

San Bernardino, Junio 20 de 1910.

Las dos fábricas

Dos fábricas, dos usinas inmensas dónde se elaboran toda clase de productos, puestas en frente una de la otra, luchan por posesionarse del mercado. Se disputan no sólo la clientela de los pueblos inmediatos, ligados a ellas por los caminos o la red del ferrocarril continental, sino de todas las partes del globo, aún la de los pueblos atrasados y bárbaros, a los que no es posible llegar sino estableciendo líneas de vapores, y abriendo o practicando puertos en la costa.

Los productos de una, poco más o menos del mismo valor, son rivales de los de la otra. Ambas se exceden en presentarlos lo mejor posible, para aquella clientela de gusto refinado, que no es mucha pero extiende su influencia por todas partes, envueltos en delicadas tiras de papeles, tan primorosas y tan sugestivas como interiores de ropa de mujer; aumentando la gracia de las cajas, la elegancia o el arte de las tiras, a medida que el producto, puede ser de inferior calidad para sostener la rivalidad o la competencia con el contrario. Ambas dedican la mayor atención y agotan todos los medios, por imponer y recomendar su producto en las más lejanas latitudes, despachando a los pueblos atrasados y bárbaros, que no conocen el uso de las ropas, de los cañones o de las máquinas de coser, embajadas o comisiones que van a evangelizarlos, a instruirlos en el progreso y en la civilización..... Esto, como es natural, despierta celos, envidias entre los dos....

Es una lucha de ardor, de inteligencia, de política y de diplomacia, que por ambos lados va a buscar, con luz eléctrica o con linterna, entre el personal superior de la fábrica, los hombres infatigables, inteligentes, ardorosos y también enconados, para confiarles su parte de acción, de empuje o de intriga en ella.

La marca de fábrica de una, — a la vez signo totémico de todo su personal, que ha de hacerse reventar, matar por él—, es un gallo alerta, simbolizando al que dá el despertar por las mañanas; a de la otra, es un águila con una corona, simbolizando la garra y la fuerza de su personal superior, que pesa sobre el inferior y sobre cuanto toca: como el anterior, signo totémico también que todo el personal ha de sostener hasta la misma muerte ...

Las dos fábricas,—la del gallo alerta y la del águila imperial coronada—, son el solar, la patria y el feudo de dos sociedades en comandita de burgueses, políticos, frailes y militares graduados, que se hacen representar por un escogido personal superior, que está sobre el otro, como el ginete sobre el potro, para hacerle dar las vueltas, las corvetas o las carreras que quiere. Ambas comanditas, decididamente rivales, se odian y se trabajan el derrumbe recíprocamente, con el personal superior de su lado. Y no sólo se suscitan trabas, realizan maquinaciones en la sombra, sino que hacen campañas a la luz, y amenazan irse la una sobre la otra con todo su personal,—ya se han ido—, a aniquilarse o destruirse por la fuerza.

Ambas fábricas,— debíamos decir las comanditas, pues la historia de la fábrica es la historia de la comandita y nada más—, tienen pasado, historia; las dos se han visto obligadas a seguir en un plano progresivo los adelantos modernos, y proveer a la educación y a la elevación de su personal, sobre todo el destinado a personal superior; las dos han levantado dentro de sus muros no sólo la escuela de primeras letras, sino el liceo y la universidad, con el propósito de hacerse grandes y fuertes. Las dos tienen museos, laboratorios, periódicos, libros de arte, de historia, de ciencia, que confunden al que los lee con el amasacotamiento de todo esto, sobre un fondo constante de literatura comercial de la fábrica..... Luchan también en ideas, en arte, ciencia y cultura.

Orgullosamente, los del personal, presentan a sus filósofos, sus artistas, sus sabios, sus escuelas, sus instituciones, y se complacen en hacer comparaciones depresivas para la otra fábrica, que las tiene también, por el mismo sistema a por uno diferente....

Por supuesto, se publican numerosos estudios comparativos por cuenta o a inspiración de las comanditas, para el propio personal en primer término, para fortificarle o afirmarle; y luego, para los hombres sabios y estudiosos de todas las partes del globo. Y es tal la buena fe o la poca sagacidad de los hombres sabios y estudiosos, que toman estos informes como la biblia, y sobre ellos basan a su vez nuevos estudios que corren formando el juicio o la opinión por el mundo. Y dónde quiera que dos hombres, dos tontos instruídos se encuentren, se entabla airada discusión, plena de datos y de citas, sobre las fábricas, el personal superior, diplomacia, política, etc. etc., no terminando sino o por acuerdo y asentimiento completo, o por separación enconada o rotura....

¡Las fábricas, las fábricas! No hay más que las dos fábricas que, cansadas de la lucha del producto, mueven ahora sus personales para hacerlos degollarse o aplastarse entre sí.

¿No es ridículo este final de las fábricas, las comanditas, para los personales, sobre todo para el personal inferior, que, tiranizado eternamente dentro de la fábrica por el más arrogante y despiadado personal superior, representante de los amos, por su mandato se degüella aún o se despedaza en la guerra?....

Un día, este personal inferior se dará cuenta de la tragedia que fábricas, comanditas y personal superior significan para él. Y suprimiendo las comanditas, suprimirá también al arrogante e infame personal superior, instrumento de los amos; suprimirá la rivalidad, y reinará la armonía y la fraternidad entre los personales libertados de las dos fábricas....

Entonces, sin embargo, habrá tontos que dirán todavía: «¡Es lástima que ya no existan las fábricas para las comanditas y los personales superiores, que tal las lanzaban sobre el mundo a posesionarse, dominar en él, disputándoselo con batallas tan enormes, que, por cada lado, los personales combatientes sumaban millones! No hemos visto el fin, culpa de los personales inferiores que estropearon la evolución más grande, las concepciones del talento, y la inteligencia de los superiores.... ¡Así acabó todo lo que era un coronamiento magnífico de una comandita que tenía pasado, historia!....

"La Inundación"

Pablo Podestá ha estrenado en el Nuevo, «La inundación», de Pacheco. ¿Qué podré decir yo, que no esté anticipadamente descontado del autor de esta obra? El es mi compañero de hoy y de siempre, en la vida anarquista y en toda obra de los dos, de lucha o de propaganda. Hace muchos años así, y al contrario de estar cansados, nos sentimos cada vez más hermanados, en las cosas que pensamos y aquellas que se ofrecen a nuestras aptitudes hacer.

Cuando Pacheco se reveló autor con «Las víboras», yo dije: «Bien, harás lo que quieras, porque para mí está fuera de duda que tus aptitudes no pueden ser comparadas con las de ninguno.» Pacheco triunfó con «Las víboras». Pero, entonces, no era ahora todavía. Ahora, con «La inundación», mi alegría es mayor con mi hermano anarquista, porque esta obra es no sólo poderosa en lo que sobresale Pacheco, que es en el decir recio, fuerte, totalmente alcanzado con una palabra o una imagen que queda como clavada y que es belleza siempre, sino, sin ninguna vacilación, sin ningún subterfugio, recia, fuerte, totalmente alcanzada también en la exposición desnuda de una gran maldad social, y en la reacción pristina, de hombres también pristinos, que aman, que viven, que piensan todo rotundidad; la cual comprendemos que es la propia del cuadro, los tipos, del ser alto, macizo, cimentado que debe ser el hombre, plantado entre la roca, la montaña, el río, como otra roca, otra montaña, otro río, con una lógica o un pensamiento de piedra, de tierra o de agua...

Esto es piedra, tierra o agua; más abajo de todas las frases, pero también a flor, saliendo o desprendiéndose de ellas, sentimos que esto es lo verdadero; lo verdadero de nosotros mismos, más abajo de todas nuestras adulteraciones, falsificaciones o mentiras, que son siempre ¡ay! de una esterilidad que desola.

Me gusta sobre todo lo de «La inundación», el tipo de mujer de Pampa, bien representado por la Quiroga. Adrián (Pablo Podestá) es también un árbol viejo de aroma, en las ramas que le quedan y que extiende sobre los suyos; y un tronco y una raíz de roble agarrada a su valle, a su terrón de tierra, contra crecientes vientos, hombres, leyes y bestias. Leonardo (Bastardi) es sobre todo alto, se pone al nivel de todo, en aquel paisaje que parece levantado con los puños, cuando arroja a las aguas del río, que se abrieron para tragarlos, sus compases, sus teodolitos, para no medir los campos de nadie, en el suelo que no debe ser retaceado por la propiedad...

Sobrado sabe Pacheco que el mejor elogio que puedo hacerle de su obra, es decirle que estoy contento, pues yo no estoy contento sino de lo que es recto, fuerte y ha sido hecho con amor y buena intención para los hombres. Y yo estoy contento de mi hermanito, como hace mucho tiempo estoy contento y recibo las más hermosas alegrías de él, por la plenitud de su talento y el idealismo definitivo de su palabra, su vida, y, la obra o la lucha conmigo.

T. ANTILLI.

Los segundones

Hermano lobo—dijo un día el Santo de Asís.

Y la bestia, contenida por la dulzura de la voz, escuchó sus palabras y no volvió a hacer mal.

Tú dirás también: Hermano lobo, hermano lobo, yo tengo una esperanza, una bella esperanza, y por eso llego a tí y pongo en la voz mi bondad. Óyeme.

Y él se detendrá a escuchar. En sus ojos se extinguirá el fuego del odio, y a cambio de ese amor que haces llegar a él, te ayudará en tu obra.

Sólo así podrás ver alzarse un día ese edificio con que sueñas, ese inmenso presidio donde sufrirán una condena eterna al polvo y al olvido las conquistas de los héroes, y donde el libro de la Historia será como un registro de entradas, y una vez que hayas quitado de su vista el ejemplo, él no volverá a hacer mal.

Dibujo y texto de M. Ramos

Correspondencia de Paris

Los financistas se preocupan

París, Agosto 26 (recibido con retraso)

La reunión que, con gran secreto, tuvo lugar en Suiza, en los primeros días de Julio, entre los financistas ingleses, franceses, alemanes y de otras naciones neutrales, causó cierta alarma y malestar en los nacionalistas, partidarios de la guerra hasta el fin y a toda costa. Ello no obstante, en la citada reunion, se adoptaron resoluciones para todos los paises, con el fin de procurar el equilibrio de las finanzas, (por encima de los nacionalismos y de las divisiones de la guerra), que corren en la actualidad a una desastrosa bancarrota

Al decir del «Worwaerts» y de «L'Evening News», una gran nerviosidad dominaba en la asamblea, versando las discusiones, sobre la situación financiera de Europa, y la necesidad de colaborar a un gran esfuerzo político que influenciara en la marcha de la guerra. La resolución adoptada, al decir de los diarios, fué: «De conclure une paix inmediate, et d'arreter la marée montante de la revolutión en Europe.»

—

Hace ya tres años que la guerra hizo su aparición en Europa, y durante tan largo tiempo, la juventud se ha desangrado en los campos de batalla para satisfacer el odio o la ambición de sus gobernantes; los traficantes del oro hicieron el juego a sus gobiernos respectivos; pero la paz victoriosa que habían de traer los humildes soldados cubiertos de gloria, para que los banqueros pudieran colocar sus capitales en las naciones vencidas, invertirlos en emisiones lucrativas, títulos o empréstitos seguros y ventajosos, tarda en llegar, y aún se eclipsa, se ha borrado del horizonte completamente. El juego de sus capitales está perdido; y ninguna nación podría responder ya, antes de un largo plazo de más de un siglo, del capital estacionario y de dudosa amortización; siglo tal vez lleno de sorpresas y que, definitivamente, podría estrellar no sólo la ganancia, sino los créditos mismos de los financistas.

Mientras los cambios siguieron su curso normal o no causaban a los valores sino una leve baja, todo fué indiferente. Pero las emisiones de papel moneda en grandes proporciones fueron causa de que los cambios se limitaran, disminuyendo el valor de las entradas y salidas hasta originar graves dificultades en las necesidades de cada nación.

La intransigencia de los gobiernos beligerantes, causó gran desequilibrio en toda la renta amortizable; la facilidad de convertir los títulos en obligaciones o bonos de la «Defensa Nacional», que cada nación cree amortizar con la indemnización que impondrá al vencido, no ha hecho sino agrandar el mal, porque la indemnización tampoco llega y es probable que no llegue jamás.

Mientras a las cifras empleadas en la guerra pudieron responder las riquezas del suelo, los fondos de reserva o los valores efectivos, todo fué bien; pero el problema, con la duración de la guerra, agrávase cada vez más; el centro del oro acéntuase ser Nueva York; la ambición americana triunfa y absorve de un golpe todos los resultados y beneficios financieros de la Europa.

Las causas de esta reunión de financistas, son bien claras y comprensibles: suponíase que en el mundo habría de 45 a 50 millares de millones de libras, (de los cuales Alemania disponía en reserva de Estado 8, que dió en garantía a los empréstitos internos y externos que le han permitido montar su monstruosa máquina de guerra). Los gastos hechos suman 100 millares más que toda la cifra que existía en oro; el papel en curso no podía menos que caer, disminuyendo enormemente su valor; el caos se aproxima; ante el mar de fondo que indudablemente se levantará, los financistas hacen «volte-face» y recurren a la reconciliación. La patria, el honor nacional y el derecho violado, se han evaporado como por encanto de la reunión; sólo se trata de salvarse de la bancarrota, y librarse de la revolución que la continuación de la guerra podrá traer consigo.

Después de las luchas exteriores, la

revolución salvadora, en medio de la debacle política y financiera de Europa, cortará de raíces política y finanzas, que fueron en todas las épocas las causas y el nervio de la guerra.

4

La paz será segura cuando hayan caído para siempre los bancos, el dinero y las finanzas, y para toda la humanidad se haya creado una era nueva.

LEOPOLDO SANTAMBROGIO

Para reflexionar

La madre

Una larga noche de invierno. Y la mujer gritaba sin cesar, retorciéndose su cuerpo flaco, mordiendo las sábanas sucias. Una vieja, vecina de buhardilla, se obstinaba en hacerla tragar de un vino espeso y azul. La llama del quinqué moría lentamente.

El papel de los muros, podrido por el agua, se despegaba en grandes harapos que oscilaban al soplo nocturno. Junto a la ventana dormía la máquina de coser, con la labor prendida aùn entre los dientes. La luz se extinguió, y la mujer, bajo los dedos temblorosos de la vieja, siguió gritando en la sombra.

Parió de madrugada. Ahora un extraño y hondo bienestar la invadía. Las lágrimas caían dulcemente de sus ojos entornados. Estaba sola con su hijo. Porque aquel paquetito de carne blanda y cálida, pegado a su piel, era su hijo...

Amanecía. Un fulgor lívido vino a manchar la miserable estancia. Afuera, la tristeza del viento y de la lluvia. La mujer miró al niño que lanzaba su gemido nuevo y abría y acercaba la boca, la roja boca, ancha ventosa sedienta de vida y de dolor. Y entonces la madrs sintió una inmensa ternura subir a su garganta.—En vez de dar el seno a su hijo, le dió las manos, sus secas manos de obrera; agarró el cuello frágil, y apretó. Apretó generosamente, amorosamente, implacablemente. — Apretó hasta el fin.

—

El pozo.—

Juan, fatigado, hambriento, miserable, llegó a la ciudad, a pedir trabajo. Su mujer y sus hijos le esperaban extramuros, a la sombra de los árboles.

—¿Trabajo?—le dijeron.—El padre Simón se lo dará.

Juan fué al padre Simón.

Era un señor gordo, satisfecho, de rostro benigno. Estaba en mitad de su jardin. Más allá habia huertos, más allá parques. Todo era suyo.

—¿Eres fuerte? — le preguntó a Juan.

—Sí, señor.

—Levántame esa piedra.

Juan levantó la piedra.

—Ven conmigo.

Caminaron largo rato. El padre Simòn se detuvo ante un pozo.

—En el fondo de este pozo—dijo—hay oro. Baja al pozo todos los días y traeme el oro que puedas. Te daré un buen salario.

Juan asomó al agujero. Un aliento helado le batió la cara. Allá abajo, muy abajo, había un trémulo resplandor azul, cortado por una mancha negra. Juan comprendió que aquello era agua, el azul un reflejo del cielo, y la mancha su propia sombra.

El padre Simón se fué.

Juan pensó que sus hijos tenían hambre, y empezó a bajar. Se agarraba a las asperezas de las rocas, se ensangrentaba las manos. La sombra bailaba sobre el resplandor azul. A medida que descendía, la humedad le penetraba las carnes, el vértigo le hacía cerrar los ojos, una enormidad terrestre pesaba sobre él. Se sentía solo, condenado por los demás hombres, odiado y maldito; el abismo le atraía para devorarlo de un golpe.

Juan pensó que sus hijos tenían hambre, y tocó el agua. La tuvo a la cintura. Arriba, un pedacito de cielo azul brillaba con una belleza infinita; ninguna sombra humana lo manchaba. Juan hundió sus pobres dedos en el fango, y durante muchas horas buscó el oro.

Encontró una pepita; la adivinó, era fría, lisa y pesada. Se sintió con fuerzas nara subir. Cuando salió del pozo, apenas conseguía tenerse de pie: estaba empapado hasta los huesos, y sus ropas desgarradas.

Llevó el oro al padre Simón, del cual recibió una moneda de cobre.

Todas las mañanas bajaba Juan al pozo. Todas las tardes subía con una pepita o dos. Sus hijos comían pan, su mujer sonreía a veces, y esto le parecía una felicidad extraordinaria.

Entre tanto, su cabeza comenzaba a temblar y tenía fiebre por las noches.

Un día encontró en el pozo otra cosa. Una piedrecita oscura, densa. Se la llevó también al padre Simón.

El padre Simón se fué a cenar, con la piedra en el bolsillo. Se sentó a la mesa, y enseñó el hallazgo a su mujer, llena de honorabilidad y de diamantes.

—¿Será algún rico mineral?—se preguntaron.

La piedra, al secarse, se desmoronaba.

—¿O alguna especie de pólvora? —murmuró el viejo.—Lo haré analizar.

Recogió con prudencia los granos en una tarjeta, y los colocó en sitio seguro. Sobre el mantel habia quedado un polvillo impalpable. Mientras servían la sopa, el padre Simón, distraídamente, se puso a golpearlo con el canto del cuchillo...

Un estampido formidable rasgó el aire de la provincia. La ciudad entera había volado... Un silencio enorme... Después los clamores de los que agonizan, de los que se vuelven locos...

La choza en que vivía Juan, baja y ligera, no sufrió mucho. Algunos trozos de barro se desprendieron de las paredes. Al oir la detonación, la familia se echó afuera. En el flanco de la colina, a lo lejos, se distinguía lo que restaba de la ciudad, un campo de escombros humeantes. Al sol poniente, las ruinas se envolvían en vapores de oro. El hombre y la mujer estaban atónitos, inmóviles. Los niños reían y saltaban.

—

La última primavera.—

Yo también, a los veinte años, creía tener recuerdos.

Esos recuerdos eran apacibles, llenos de una melancolía pulcra. Los cuidaba y hacía revivir todos los días, del mismo modo que me rizaba el bigote y me perfumaba el cabello.

Todo me parecía suave, elegante. No concebía pasión que no fuera digna de un poema bien rimado. El amor era lo único que había en el universo; el porvenir, un horizonte bañado de aurora, y para mirar mi exiguo pasado, no me tomaba la molestia de cambiar de prisma.

Yo también tenía—¡ya!—recuerdos.

Mis recuerdos de hoy...

¿Por qué no me escondí al sentirme fuerte y bueno? El mundo no me ha perdonado, no. Jamàs pensé que se me pudiera hacer tanto daño, tan inútilmente, tan estùpidamente. Cuando mi alma era una herida sola, y los hombres moscas cobardes que me chupaban la sangre, empecé a comprender la vida, y a admirar el mal. Yo sé que huiré al confin de la tierra, buscando corazones sencillos y nobles, y que allí, como siempre, habrá una mano sin cuerpo que me apuñalee por la espalda. ¿Quièn me dará una noche de paz, en que contemple sosegado las estrellas, como cuando era niño, y una almohada en que reposar después mi frente tranquila, segura del sueño?

¿Para qué viajar, para qué trabajar, creer, amar? ¿Para qué mi juventud, lo poco que me queda de juventud, envenenada por mis hermanos?

¡Deseo a veces la vejez, la abdicación final, amputarme los nervios, y no sentir más la eterna, la horrible náusea!

—

Desde que soy desgraciado, amo a los desgraciados, a los caídos, a los pisados.

Hay flores marchitas, aplastadas por el lodo, que no por eso dejan de exhalar su perfume cándido. Hay almas que no son más que bondad. Yo encontraré quién me quiera. Si esas almas no existen, quiero morir sin saberlo.

En un rincón miserable, en una buhardilla, debajo de un puente, en el hueco de un peñasco, no sé dónde, ni en qué continente, me espera mi hermana.

Yo la encontrarè. Y no la dejaré escapar, no. Y viviré mi última primavera.

RAFAEL BARRETT

—

No séamos excesivos. Pero hasta hoy hay casos, en el estado social, de madres tristes y desamparadas que suprimen por amor a sus hijos. La tierra es grande y generosa. Pero los hombres que habitan en ella han hecho un clima social, que es de hielo, para ciertas tiernas existencias. ¡No! No basta la leche de las madres para criar o defender a sus hijos, dónde todo está apropiado, pertenece a un amo o a un dueño que es terrible para dejarlo tocar. La pobre costurera debe trabajar de la mañana a la noche, para no tener derecho a casi nada para sí, y nada para su hijo... ¡Hijo, hijo suyo el parido con dolor, al lado de la maquina de coser, en una morada de sombra y de miseria! Hijo, como el de todas las otras, carne humana que nace a la esclavitud y el sufrimiento, concebida para la dicha y la libertad ... No!, en un instante de horrible luz para su cerebro, la madre vé claro, o que hay que suprimir la miseria y la esclavitud, suprimiendo la propiedad de las cosas, para que todos los niños nazcan libres e iguales, para que la vida sea un dón del que el niño hoy, hombre mañana, pueda regocijarse; o suprimir la vida...

El hijo ha sido concebido y ha

nacido. ¡Pues es una infracción! El entero orden social condena la maternidad de las proletarias. Estas, como las yeguas dedicadas al tiro y no a la reproducción, no deben dejar de trotar un sólo día al tiro de su trabajo o de su máquina. Y el potrillo marchará a su lado, criándose o desarrollándose como pueda....

«El pozo» es una relación gráfica de lo que es la explotación del proletario por el propietario en el orden actual. «Vé, baja al pozo y traeme una pepita de oro, y te daré una moneda de cobre». Todo pertenece al propietario, lo que araña o arranca el obrero. Y así, esta vez, también el explosivo criado en la mina, con el dolor y (debía ser) el odio y las protestas del proletario, que hace volar y desaparecer la ciudad...

En la «Ultima primavera», Barrett habla del vía crucis doloroso, del que se conserva fuerte y bueno en esta sociedad. ¡Ningún reposo, ningún premio! Al contrario: el odio y los zarpazos de todos. Se fortifica en el amor a los infelices, a los caídos, a los pisados. Pero no todo es horror. En alguna parte se encuentra la hermana o el hermano, que ha de hacernos vivir aún la última primavera: una primavera de valor, de rectitud, de bondad; la que para la humanidad entera deseamos en un mundo nuevo, clarificado...

El camino de la guerra

La ruptura de relaciones con Alemania a nosotros no nos interesaría, si se redujera a retirar la representación diplomática, a tomar posesión de los barcos alemanes internados en los puertos del país, y aún de las empresas o capitales alemanes, para darlo todo èsto a los ingleses, a los franceses o a quien se quisiera.

Nosotros no protestaríamos por acto ninguno de expropiación a capitalistas por capitalistas; y de acuerdo con la moral burguesa reinante, diríamos que es mejor quien más a su salvo y usando de la potencia de la fuerza, apalea, arrebata, expropia, a quien es más débil o no tiene diablo que le salve. Todo eso nos es indiferente, sin consecuencia para la explotación que seguirá lo mismo en los mismos barcos, en las mismas empresas o por los mismos capitales: todo eso no nos interesa.

Pero sí nos interesa si para apoyar esto, se nos llama a nosotros, que ni mojamos ni ligamos, para ir a hacer la guerra. ¡La guerra que la hagan ellos; los que han de quedar con barcos, empresas o capitales! Nosotros, hace mucho tiempo, la hacemos contra ellos, sean ingleses, suecos o alemanes.

Y la ruptura de relaciones es un paso dado en camino de la guerra. No hay que ver más cómo se ha dado en Francia la noticia de la resolución del senado; cómo ha sido transmitida por telegramas de aquí.... Nuestro corresponsal en Paris, que nos escribe con fecha 27 de Setiembre, nos comunica que la noticia dada por la agencia «Radio» allí, añadía en un primer telegrama que el gobierno argentino había movilizado las fuerzas de mar y tierra; en un segundo telegrama pasaba en revista las fuerzas que podían ser enviadas sobre el frente de batalla europeo.

« Nous pouvons sans dificultès « envoyer inmédiatement deux di- « visions. Nous avons les unités « voulues pour expédier ensuite « 200.000 hommes complétement « équipés. Seule l'artillerie nous « devrait etrê fournie par les Al- « liés. »—(*Radio.*)

La ruptura de relaciones es, pues, la guerra. A más o menos plazo, es la guerra. Y esos que sin dificultad pueden ser enviadas al frente de batalla, no son los criminales alemanes que por sus hazañas merecerían la muerte, sino nosotros, los criminales argentinos.

Y no; nosotros deseamos ahorrar nuestra sangre para gastarla en la batalla contra los burgueses. Por eso no queremos que se nos conduzca por el camino de la guerra...

Mina de lápiz

Hay que ser por sí, lo de sí, y sin importarle nada de lo que digan los otros. La honestidad es consigo mismo.

—

Corregirse, en lo que otros llaman un defecto, pero que es consecuencia de arrastrar bloques que se quieren cargados de minerales, trabajo de changador en vez de ligera elegancia del hombre ocioso; ¡no!, no hay que corregirse.... El que carga pesos tendrá el andar pesado; éste necesita ir clavando sus grampas a la tierra. No tendrá el revuelo ágil de las mariposas. Por lo demás: ¿quién piensa en mariposas viendo a un hombre cargado?

—

Los trabajadores se abominan entre los ociosos; los hombres cargados son un horror en los elegantes salones. Pero son bien estimados dónde se deposita o se deja la carga. Allí, cuanto más peso, mejor.

—

Insistir en los defectos hasta convertirlos en grandes, en inmensas cualidades. ¡Esto sí que será el coronamiento del defecto, de la cualidad!

—

No saber ser como todo el mundo: ¡pero si es una delicia! Somos como nosotros mismos, y somos la enfrentación al ser como todo el mundo... ¡Es un orgullo!

Una ponchada de pesos...

Descontamos que «La Obra» es buena, que «La Obra» es necesaria; que hace obra aún entre los que no comulgan con nuestras ideas; que marca huella, abre surcos, rompe o desata el afán de ser buenos y de ser verdaderos.

Esto es así; no que lo veamos nosotros con pasión de padres así, sino que es así... Los testimonios se agolpan, vienen a nuestras manos a montones, a veces por puñados o por brazadas. Tan reconocido es ésto, que lo descontamos nosotros y lo descuentan todos, los que no están afectados por algún odio o alguna envidia mezquina. ¡Estos no lo reconocen, sino lloran lágrimas de sebo que sea así! ¡Son velas chorreadas que aletean la llamita de su doblado pábilo, quemando su propio sebo, abriendo un canal que se traga sus bordes en el caño de la vela! ¡Desgracia para los que lloran de rabia ante una cosa bella y buena! Porque son malos, y en su maldad tendrán eternamente el castigo del sufrimiento...

Bueno, bueno; vengamos, compañeros, a que no lloráis de rabia, no deseáis nuestra muerte ni nuestra maldición, sino que «La Obra» os regocija y os alegra. Vengamos a que la esperáis cada quince días, como a algún deseado novio o una novia, según el sexo que tengáis. Vengamos a que tal dicha, tal alegría, está a punto de desaparecer por la situación económica, por esa dificultad que no permite a la novia,— «La Obra» —, ir a reunirse con el novio: su lector; tú, compañero o compañera....

La novia,— queremos decir «La Obra»—, está metida en la imprenta en casi trescientos pesos. ¡Causa de que ha habido que comprarle siempre zapatos, pollerita y sombrero,—todo el vestido—, y el novio no ha podido mandar para tanto! ¡Y causa también de que para estar más bella cuando había más crisis, poniendo a mal tiempo buena cara, ha salido el número anterior y èste, con dos grabados en vez de uno!

Está empeñada, y hay que desempeñarla. Y darle para su ropita para el otro número también... A esta muchacha nada le dura un mes; lo de un número no le sirve para otro número. ¡Desempeñarla y darle ropa, pues! ¡Mandarle una ponchada de plata! El que quiera el poncho, se le devolverá; o el que quiera la plata, deje el poncho, si vale más que la plata....

Seriedad, compañeros: que nos falte de abajo un ladrillo más, y caeremos abriéndonos un boquete en la frente. ¡No lo querréis para nosotros, vosotros! Y menos esto, nosotros, que abrirnos un boquete más grande contra el sillón de algún juez o el filo de algún mueble de por ahí, de un tribunal o una «camarita»....

Pensadores, cuando marcáis la frente del hombre malvado; cuando vengáis al pueblo medio estrangulado, cuando vengáis el juramento y el derecho, pensad que os colocáis entre el miserable que gobierna y el necio que vota; y vuestra pluma de fuego, anárquica y demagógica, debe castigar, a la par aquel crimen y esta cobardía ...

Victor Hugo

Notas

Panaderos de La Plata

Sigue firme, teniéndose metedora, la huelga que estos obreros le han plantado a los burgueses. El ánimo se robustece en los días y está en camino do coronar en un triunfo el movimiento. Aislados, solos, autónomos, pelean su causa, se rehacen, cubren los blancos, se tienen dispuestos a hacer prevalecer sus reivindicaciones.

—Para el aniversario de la muerte de Ferrer, organizaron en su local una conferencia en la que tomaron parte, Daniel Dominguez, dos niñitas y Pacheco. Fué un lindo acto anarquista que puso, como un paréntesis de ideal, en la dura batalla en que están metidos. Larga batalla de la que saldrán más pronto y más victoriosos cuanto más enérgica y rotundamente procedan con los burgueses y sus escasos carneros.

*

En General Pico

Los componentes del centro de E. S. «Eliseo Reclus» de esta localidad, vienen realizando actos de propaganda anarquista con gran éxito entre el pueblo,

nos comunican. Se disponen a seguir, a intensificar la obra, dejar sembrada bien honda la semilla de la Revolución Social. A los actos realizados le seguirán muchos más. Para uno de éstos está invitado Pacheco, que ya ha aceptado.

*

Conferencia

La Sociedad de Resistencia Oficios Varios de Mataderos ha organizado una serie de conferencias, la primera de las cuales tendrá lugar el domingo 4 de Noviembre, a las 8 p. m. en la calle Tellier y Chicago, donde hará uso de la palabra el compañero R. González Pacheco y otros.

Quedan invitados los que quieran contribuir al realzamiento moral de la clase trabajadora.

El Secretario

*

Agrupación Anarquista «Los Afines»

Exposición doctrinaria

Compañeros: lo esencial de nuestra razón de ser es:

1.—Que aquí desde muchos años ha, se dejaba sentir la necesidad de una agrupación de esta naturaleza;

2. — Que los componentes de esta agrupación nos proponemos la divulgación de nuestro Ideal Anarquista, por todos los medios racionales que estén a nuestro alcance; y

3.—Por estar convencidos que nuestro Ideal es el único hasta la fecha irrefutable, y por consiguiente capaz de socializar a la humanidad dentro de la verdadera sociología. Vaya pues, nuestro más fraternal saludo a todos los soñadores del orbe, que luchan por la redención total de la especie humana doliente, y con ellos queremos las más íntimas y cordiales relaciones; sí, con nuestros afines de todo el mundo, compartiendo con ellos en la preparación del gran combate que se avecina.

Dirección: Correo 5. Casilla 5016. Santiago. Chile.

Nota.—Se ruega la reproducción en toda la prensa libertaria.

A. Racionalista de V. Sarsfield

Este Ateneo ha organizado una velada y conferencia para el sábado 10 del corriente, a las 8 y 30 p. m., en el local B. Mitre 5174, a beneficio íntegro de la biblioteca social y su reapertura para el público.

El programa lo constituyen monólogos, números de canto por el compañero Martin Castro, recitación de poesías, etc., y una conferencia por González Pacheco.

Precio de la entrada: 0.20 centavos.

Agrupación Germinal, de San Pedro

A los compañeros de Campana, Zárate, Baradero y Pergamino. — Esta agrupación, en su última asamblea, después de tomar en consideración las adhesiones recibidas de Santa Lucía y Bartolomé Mitre a la iniciativa de una gira de propaganda, acordó hacer un llamado a los compañeros que se ha enviado nota y aún no han contestado, en las localidades arriba citadas, reiterándoles respondan lo más pronto posible al llamado de esta agrupación.

Toda correspondencia debe ser dirigida al secretario Alejandro Sibilla, San Pedro, F.C.C.A.

*

Más de Giordano Bruno

La sociedad «Unión Obrera» de 9 de Julio, hace presente a todos los obreros que ha sido estafada también por Giordano Bruno en la suma de 10 pesos, que se le entregaron para libros destinados a su biblioteca, no habiendo conseguido que el citado individuo enviara uno solo, ni reintegrara esa cantidad, ni aún contestara a una sola carta de esa sociedad.

*

S. Oficios Varios, de Mataderos

El día 11 del actual, se ha constituído en Mataderos (Buenos Aires) calle Merlo 5568, la Sociedad de Resistencia Oficios Varios de Mataderos. Los fines que persigue esta sociedad, son de elevación moral y material de la clase trabajadora, lo que comunicamos a todos los hombres de buena voluntad por si se quieren poner en relación.

El secretario

*

Las represiones en La Pampa

La compañerita Libertad Ferrini, nos comunica de General Pico, que su padre, el compañero Juan Ferrini, conjuntamente con algunos menores y otros camaradas ha sido preso y conducido a la cárcel, en Santa Rosa de Toay bajo la acusación de haber escrito un manifiesto durante la última huelga ferroviaria.

No son éstas las represiones únicas que se han seguido por el gobierno, contra compañeros que no tienen otra culpa que profesar ideas anarquistas.

Con esto y todo, las ideas seguirán adelante.

«¡Germinal!»

¡Ha aparecido en Corrientes, bajo la redacción principal del compañero Teófilo Ductil, un nuevo periódico sostenedor de nuestras ideas, con el título que encabeza estas líneas. Poco a poco, de cada caña adulta, caen las semillas a la tierra, sembrándola para reproducirse.

La dirección de este nuevo periódico es: San Luis 935, Corrientes.

Libros y folletos

La casa editora y librería «La Escuela Moderna», E. Unidos 1399, ha editado los siguientes folletos: P. Robin y R. Chaughi, «La mujer pública y esclava», y «El crimen de Chicago»; ambos al precio de 10 centavos.

Ha editado también y está para la venta ya, el libro de José López Montenegro, tan difundido en otras épocas entre los trabajadores y que al presente no se encontraba por ninguna parte, titulado: «El Botón de Fuego». Este se venderá al precio de 1 peso el ejemplar. Los compañeros que deseen adquirirlo de nosotros, pueden enviarlo a pedir, acompañando el importe y 15 centavos para el franqueo.

Periódicos

Los periódicos que canjean con «La Obra» y han llegado a nuestra mesa los últimos días, son los siguientes: «La Rivolta», capital; «Tierra y Libertad», Barcelona, España; «La Batalla», Montevideo, Uruguay; «Luz al Obrero», Corrientes; «Prometeo», Asunción, Paraguay; «Voces Proletarias», Campana; «La Voz del Obrero», Concordia; «El Obrero Calderero», capital; «Regeneración», Los Angeles, California; «Solidaridad», Habana, Cuba; «Despertar», Chacabuco, «Cultura Obrera», Nueva York; «La Palabra», Bell Ville; «El Libre Pensamiento», Montevideo, Uruguay; «A Sementeira», Lisboa, Portugal; «El Correo de Firmat», Firmat; «La Rebelión», Rosario; «La Unión», capital, (Barracas); «Opinamos», Mar del Plata, «A Gréve», Lisboa, Portugal; «Ensayos», Coronel Suárez; «El Hombre», Montevideo, Uruguay; «Cultura», Curuzú Cuatiá; «Libre Examen», Bolívar; «La Batalla», Valparaiso, Chile; «El Proletario», Iquique, Chile, «El Jornalero», Trujillo, Perú; «Humanidad», San Juan; «La Evolución», Valparaiso, Chile; «La Protesta», Lima, Perú; «¡Germinal!», Corrientes; «El Imparcial», Campana; «Juan Pueblo», capital; «A Plebe» y «Guerra Sociale», San Pablo, Brasil; etc.

*

Liga de Educación Racionalista

Nómina de cursos.— Lunes de 5 a 7. Confección de sombreros; de 8 a 9, Esperanto; de 9 a 10, Francés.

Martes de 8 a 9, Aritmética; de 9 a 10, Conferencias sobre historia, por el señor Adolfo Vázquez Gómez.

Miércoles de 7 a 8, Música; de 8 a 9, Corte y confección para sastre; de 8 a 10, Medicina, por el doctor Juan E Carulla.

Jueves de 8 a 9, Esperanto, de 9 a 10, Francés.

Viernes de 8 a 9, Aritmética; de 9 a 10, Curso de química biológica, por el Dr. Laclau.

Sábados de 8 a 9, Música; de 9 a 10, Conferencias.

Domingos de 9 a 11, Corte y confección para sastres.

Agencia en Villa Crespo

Los compañeros de Villa Crespo pueden dirigirse, para adquirir o suscribirse a «La Obra», a la calle Guardia Vieja 4601, al compañero Amadeo Pacífico (peluquería).

«La Rebelión»

¡Es lástima, y sobre todo en este momento!

El compañero Jesús M. Suárez, nos hace saber, desde la cárcel de Rosario dónde está todavía, sin saber aún nada de la resolución de su proceso, en el cual acaba de ser libertado Vidal, que «La Rebelión», el valiente decenario anarquista que se publicaba en Rosario, no podrá aparecer más, matado por un déficit de cuatrocientos pesos. Es lástima, volvemos a repetir, y más aún teniendo «La Rebelión» una deuda de mil doscientos pesos a cobrar, en concepto de papel leída, que los compañeros o paqueteros no han podido o no se han preocupado de pagar.

¡Que no nos pase lo mismo a «La Obra»!

«Verdad»

En San Cristóbal, provincia de Santa Fe, los compañeros han editado el primer número de una hoja con el título que encabeza estas líneas. Contiene secciones variadas, y la redacción principal está a cargo de I. Escolá.

"La Inundación" ha caído del cartel al tercer día, matada por los burgueses, acribillada por la crítica.

No importa: ¡Viva la Anarquía!

Administrativas

Todas las cantidades remítanse a nombre de R. H. Díaz, en giro postal, carta certificada, valor declarado o estampillas de correo.

M. M., Asunción—Por suscripción recibimos $ 5.

P. M., Rosario — Recibimos por suscripción y paquete $ 3.65.

R. A., Punta Alta—Por paquete recibimos $ 2.50.

H. C. B., Pigüé — Recibimos $ 1.50 por suscripción.

F. A., Ciudad — Recibimos por suscripción $ 1.20 y donación 0.40.

E. D., Córdoba— Por paquete recibimos $ 6.

J. G. P., Fraile Muerto—Por suscripción recibimos $ 1.35.

F. del I., La Plata — Recibimos por suscripción y paquete $ 18.

A. G., Ciudad— Por suscripción recibimos $ 1.20.

T. A., Tucumán—Recibimos por suscripción y album $ 1.

A. S., Alta Córdoba—Por suscripciones recibido $ 1.20.

A. G., Ciudad—Recibimos para «Despertar» de Chacabuco $ 1.

C. N. P., Ciudad — Recibimos para «Despertar» de Chacabuco $ 1.

L. B., Tucumán — Por suscripciones recibimos $ 20.

V. C., Mar del Plata—Recibimos por paquetes $ 4.

J. C. H., Winifreda — Recibimos por suscripción y album $ 1.

J. J., Güemes—Por suscripción y número de rifa $ 1.

A. C., Ciudad — Recibimos para album 0.30 centavos.

C. F., San Cristóbal—Por paquete recibimos $ 20.

F. G., Ciudad—Cobrado en lo de Fuego de «La Rebelión» $ 3.60 y 0.30 en «La Protesta» para album.

J. C., Ciudad—Por suscripción $ 1.

A. C., Ciudad—Por suscripciones $ 4.

G. M., 9 de Julio — Por paquetes y suscripciones $ 3.

J. Pereyra, Montevideo—Abone a «El Hombre» las cantidades que aparecen en esta sección para él. Creíamos haber mandado una carta antes.